

# La Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
DIRIGIDA POR  
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

## P. JUAN DE MARIANA

Nació este notable historiador español á fines de Marzo de 1536, y en 1.º de Abril fué entregado el niño al cuidado del cura de la *Puebla nueva*, sin que se le dijese quiénes eran sus padres; se averiguó por último ser éstos Juan Martínez de Mariana y Bernardina Rodríguez. Descubierto el secreto, cuidó aquel de la educación de su hijo, el cual desde edad muy temprana manifestó vivo ingenio y felices disposiciones para las letras, por cuya razón fué enviado á la universidad de Alcalá, donde á la



P. Juan de Mariana.

sazon florecían los más célebres profesores de España.

Tenia apenas Mariana diez y siete años, cuando se presentó en Alcalá el P. Nadal, enviado á Castilla por San Ignacio de Loyola para promover la institución de la Compañía de Jesús. La fama del santo, la vida austera de Nadal, y más que todo el ejemplo del duque de Gandía, inflamaron á la juventud castellana que corrió á vestir la humilde sotana de la Compañía de Jesús, y no fué de los últimos nuestro Mariana, el cual, fenecidos los dos años de probación, volvió á la universidad. Fueron tales



sus progresos, que tratando su general Diego Laynez de establecer en Roma el gran colegio de la Compañía, le envió, aunque mozo de veinte y cuatro años, para regentar la cátedra de teología, que leyó por espacio de cuatro años.

De Roma fué trasladado á Sicilia con el mismo objeto; y últimamente enviado á Paris, cuya famosa universidad le admitió en su seno, y confirmandole el grado de doctor teólogo y el empleo de profesor, que ejerció por más de cinco años explicando á Santo Tomás.

Sus continuas tareas y el clima de Paris debilitaron su salud, y al cabo de trece años de ausencia, volvió á España, fijando su residencia en la casa profesa de Toledo. Entregado allí á sus tareas literarias, fué tal la fama de su virtud y ciencia, que de todas partes le consultaban, y se le eligió para dar su dictámen en la ruidosa causa de Arias Montano, acusado de haber falseado el texto hebreo de la Biblia poliglota. Dos años tardó en revisar aquel colosal monumento y el dar el dictámen que decidió la cuestion favorablemente al acusado.

Murió Mariana en la expresada casa de Toledo, á los ochenta y siete años de su edad, en 16 de Febrero de 1623.

### EL MADERO BENDITO.

FRAGMENTOS HISTÓRICOS-MORALES PARA AFIRMAR LA FÉ DE  
LOS NIÑOS.

#### IV.

*¡Ahora bien, ántes niños, ¿qué os parece todo esto? ¿No estamos autorizados para edificar de religiones falsas cualesquiera otras que no sean la nuestra, constándonos, como nos consta por su noble y elevado origen, por el milagro y las profecías de que carecen aquellos, que sólo ella es la única buena y verdadera?—Si, señor.—Ya lo creo. Y si bastardeando los principios más sagrados han osado intrusos, un puñado de incrédulos, invadir el Santuario Real de la conciencia humana para implantar la semilla herética en el corazón de los débiles, nosotros, que constituimos como cris-*

*tianos la Nación Santa y el reino del Hijo de Dios, ¿habíamos de juzgar ménos digna y necesaria la bandera bajo cuya enseña gloriosa milita la congregación del Crucificado? No, ni es pendón habria de ser innoble y profano á imitación del suyo; al contrario, por su propia virtud debe elevarse respetable y majestuoso por encima de los demás. Así es; nuestro estandarte es el estandarte de la fé divina, y remontándose meritorio hasta el cielo, el dedo de Dios le saluda, pues que de su Unigenito se origina. Si, Jesucristo, El mismo lo santificó y selló con su preciosa sangre; ese, ese es el árbol cuyo bondadoso fruto suspendió de sus ramas hace diez y nueve siglos la impiedad; ese es, carísimas discipulas mías, el madero bendito cuya historia al cristiano tanto importa conocer. ¡Hélo aquí:*



### LA SANTA CRUZ.

#### V.

*Esa Cruz santa que veis dibujada, es el signo de nuestra redención, y ya recordareis que el catecismo también nos lo enseña al decir que Jesucristo murió en ella por salvarnos, ó lo que es lo mismo, que Jesucristo nos redimió de la esclavitud del pecado,*



que nos dominaba hasta la venida suya, en carne mortal á la tierra, diéndonos la libertad que gozamos y luz de la razón para amarte y obedecerle. Por eso el cristiano, convencido de la eficacia, superioridad y verdad de tan venerable signo, rechaza y desprecia los de las religiones paganas, y consagra al suyo, en prueba de respetuoso afecto y eterna gratitud, fiestas tan solemnes como las que la Iglesia le dedica y conmemora por la Exaltación, la Invenzion y el Triunfo de la Santa Cruz.

Y, de qué es vanagloriarse más ahora, después de lo que he referido, de ser españoles ó de ser cristianos?— De ser cristianos. — Seguro, y yo lo mismo; porque para nada puede servirnos el título de ciudadano de la nación más rica, si antes no estamos escudados con el de cristiano que á la vez de ser el más honroso, es el más útil de cuantos títulos pueda ofrecer nos la humanidad. El título de españoles importa mucho para que por el amor que debemos al suelo en cuya cuna nos nacimos, y que yo os recomiendo altamente, honremos su historia, procuremos sus progresos y nos intersemos en su felicidad donde buscaremos la propia, más bien claro veis, por las frecuentes exhortaciones que casi todos los sábados se sirve hacernos D. José Galindo, el ilustrado señor cura párroco de la villa, que la felicidad no debe el hombre buscarla en este mundo, porque no la encontrará. La felicidad positiva no es de este reino, sino de aquel en cuya tranquila mansión alcanzan gracia los buenos; y nosotros debemos cifrar toda nuestra dicha aquí, en labrar la felicidad real que espera al cristiano justo allá en la otra vida.

(Se continuara)



#### ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALEM

Habiendo salido Jesús de Jericó se acercó á la ciudad de Jerusalem, y seis dias antes de la Pascua fué á Betania, donde María, hermana de Lázaro el resucitado, le recibió y derramó sobre su cabeza un vaso de excelente perfume. Judas murmuró de este hecho, pero Jesús defendió y alabó semejante acto. Sabiendo el pueblo que Jesús estaba en aquel lugar, vino en tropel, no solamente para verle, sino para ver á Lázaro, lo que irritaba más y más á los fariseos, que deliberaron hacer morir á Lázaro, puesto que su resurreccion, revelando la gloria de Jesús, combatia el designio que tenían de perderle, y movia á muchos judíos á creer en Él.

Al dia siguiente, estando Jesús próximo á la ciudad, envió á sus discípulos desde el monte de las Olivas, donde estaba, á una granja vecina, y les mandó traerle un pollina con su jumento, y que respondiesen á quien tratara de impedirlo que el Señor lo necesitaba. Obedecieron esta orden los discípulos, y cubriendo al animal con sus vestiduras, sentóse sobre ella Jesús. En un momento, todo el pueblo que habia llegado á Jerusalem para la fiesta de la Pascua, al saber que Jesús iba á entrar, tomó ramas de palmera, y caminó delante de él con grandes aclamaciones de alegría. Muchos esten-



dian en la tierra sus vestiduras en los sitios por los que Jesús debía pasar, otros arrojaban ramos de los árboles, y esclamaban ante Él: «¡SALUD Y GLORIA AL HIJO DE DAVID; BENDITO SEA EL QUE VIENE EN NOMBRE DEL SEÑOR!»

Este triunfo de Jesús, que obligó á adorarle hasta á los infieles y los malvados, es, en sentir de los Santos Padres de la Iglesia, una gran prueba y hermoso ejemplo de la gloria de Dios y de su omnipotencia, pues que los malos como los buenos están sujetos á su imperio, sean cualesquiera los sucesos que en el mundo se verifiquen, que en nada pueden torcer sus altísimos designios que están sobre todos.

¡Bendito el día en que los hombres que pueblan el universo, doblando la rodilla ante la cruz, adoren al Dios verdadero!

#### CUENTOS MORALES ALEMANES

##### EL NIÑO MENDIGO

Continuación (1).

El jornalero miraba al sastre sin saber lo que quería decirle, porque aunque hacía bastante tiempo que vivían en la misma casa, no habían hecho más que saludarse, y estaba asombrado de que el sastre se metiera á sermonearle.



—¿Qué es lo que quereis decirme? contestó de mal humor.

—No os enfadeis, que todos somos débiles mortales; pero escuchadme. Si os hallareis al borde de un precipicio, próximo á caer

(1) Véase la pág. 100.

en él, y hubiera á la sazón un hombre que agarrándoos por un brazo os detuviera, ¿no daríais á este hombre un millon de gracias porque os había salvado de una muerte cierta? Pues este hombre soy yo, mi buen vecino. Vos gastais en la taberna todo vuestro jornal y todo lo que recogen vuestros hijos mendigando, y no los dais más que un poco de pan por la mañana, y en vez de mirar por ellos para que algun día sean buenos y aplicados, los mandais á mendigar desde la mañana á la noche. ¿Es esto cumplir con los deberes que Dios os ha impuesto como padre?

Oyendo esto el jornalero se quedó como petrificado, y no sabia qué contestar á las justas razones de su vecino.



—¡Os avergonzais! No lo hagais delante de mí; avergonzaos ante Dios, que es el que os ha de pedir estrecha cuenta de la falta que cometeis, teniendo en el más completo abandono á esos cinco seres desgraciados, entrad en vos, y pedidle que os dé sus auxilios para poder mirar por esas criaturas.

Entonces el buen hombre acompañó al jornalero hasta la puerta, y este salió pensativo sin decirle ni aun adios.

Enrique fué á limpiar el establo como siempre, y como no era día de escuela, ayudó á la criada á limpiar la casa, y la jardinera le dió un vestido completo de un hijo suyo, á quien se le había quedado pequeño. Cuando vió el vestido, creyó estar soñando; nunca se había puesto uno semejante: ¡qué efecto hará, se decía él, puesto con la camisa limpia! Pues todos los sábados iba á lavar las camisas de sus hermanos y la suya. Fué corriendo á comprar una corbata, que le costó 60 céntimos, pues ya tenían cerca de diez pesetas de ahorros, contando las cinco que les valieron las muñecas, á pesar



de que daban todos los días á su padre algun dinero y compraban además unas pocas patatas.

Cuando el padre vino por la noche, le notaron que en lugar de tenderse á dormir como de costumbre, se quedó pensativo sentado en la cama.

Los niños estaban contándose sus aventuras del día: Enrique contó á sus hermanos cómo la mujer del jardinero le habia regalado un vestido de su hijo. Juana enseñó

una camisa y unos zapatos que le habia dado Marta, la madre del sastre. A Elisa la habian dado un vestido de lana y un sombrero viejo, y otra señora unos zapatos; la pobre niña tuvo suerte aquel día, porque habiendo ido á pedir á casa de un médico, éste se condolió de ella y la empezó á curar la vista, con encargo de que fuese todos los días á verle. Rosa, la pequeña Rosa, habia tambien recibido su regalo de Navidad, poniéndola un chaleco del sastre que la cubria



Los ancianos.

hasta las rodillas, con lo que hacía la figura más risible del mundo. Enrique habia comprado unas patatas, haciendo con ellas una pirámide, cuyo remate le formaba un cucurcho de sal, y alrededor puso su corbata.

—Padre, exclamó, mira tu regalo de Navidad.

El jornalero levantó la vista, y arrojó sobre sus hijos una sombría mirada: la mirada de la vergüenza. Dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos, una emoción profunda

se apoderó de su corazón por la primera vez.

—¿No es verdad que ya no nos mandareis más á mendigar? preguntó Enrique.

—No nos mandeis, que nosotros trabajaremos, añadieron los otros.

—¡Hijos míos! dijo el jornalero; no pudo decir más, ocultó su cara entre las manos, y se puso á sollozar, abrazando á sus hijos.

(Se continuará.)



## LOS ANCIANOS

En un pintoresco pueblo, escaso de vecindario, pero rico en paz y calma y en honradez y trabajo, hubo un maestro de escuela que contaba pocos años, y tenía un genio alegre y el más excelente trato. Mil veces, en los defectos de todos sus educandos, hallaba puntos de estudio, pero siempre al fin y al cabo inventaba un nuevo modo para poder enmendarlos. Era querido de todos, y siempre había á su lado niñas y niños, y aún hombres sus palabras escuchando. Una tarde dijo á todos que era un horrible pecado el burlarse de los pobres, y aún más cuando son ancianos. Todos los niños le oían muy atentos, muy callados, y al final le prometieron seguir sus consejos sabios; y despidiéndose entónces fueron saltando y jugando todos los niños y niñas á un huerto al pueblo cercano. En lo mejor de sus juegos se encontraban los muchachos, cuando salió de aquel huerto un viejo, muy *derrotado*, pues era el traje tan viejo como él con todos sus años. Un gran sombrero de copa, todo roto y abollado, cubría su cano pelo; y aquel ente tan extraño, de sombrero y de levita, llevaba una cesta al brazo, y en la cesta una porción de hojarasca y de yerbajos. Al ver los chicos aquello, presto todos empezaron á silbidos, y él volviéndose dijo con acento extraño: —Soy pobre, y por esto llevo este traje, que me han dado; soy viejo y enfermo, y busco yerbas que me recetaron. Los muchachos, sin hacer de sus advertencias caso, continuaron la chacota, ménos tres que se acordaron de las frases del maestro

con respecto á los ancianos. El viejo les dijo: «Niños, vosotros que estais callados, acercaos á la cesta y coged de lo que traigo.» Todos los chicos entónces, riendo y alborotando, dijeron á los tres niños: —¡Yerbas! ¡Bonito regalo! Para no hacer un desprecio los tres niños se acercaron, y vieron bajo las yerbas unos riquísimos ramos de cerezas, que á los tres se los regaló el anciano. Y volviéndose á los otros les dijo:—«Presto olvidaron las lecciones del maestro, sin reparar ¡mentecatos! que así como entre mis yerbas frutos ricos se encontraron, pudiera también haber algo bajo estos harapos.» Y arrojando aquel sombrero y la levita... miraron... á su maestro, que estaba de mendigo disfrazado. Premió á los buenos, y dió su merecido á los malos, y es fama que arrepentidos se volvieron unos santos.

L.

## EL CANASTILLO DE FRESAS

En la hermosa avenida de París á Bagnot hay una famosa posesion llamada el Retiro, cuya verja da al camino real. Era á mediados del mes de Mayo, época en que aquel lindo país produce las primeras fresas que se presentan en la capital.

Laura, hija de un banquero de París, que habitaba en este palacio de campo, estaba una tarde sola y sentada detrás de las verjas, divirtiéndose en contar los cortos ahorros que habia hecho del dinero que mensualmente la daban para sus gastos.

En el momento en que estaba formando millares de proyectos para invertir un luis que habia reunido al fin de muchos meses de economía, oyó dar un grito en el camino; mira, y descubre á una jóven descalza de pié y pierna, que acababa de resbalar, y al caer habia derramado por el suelo la fresa de muchos canastillos que llevaba sobre la cabeza.



Abundantes lágrimas corrían por las mejillas de Rosa (que éste era el nombre de la joven) y clamaba con el acento de la desesperación:

—¡Desdichada de mí! haber entrado esta mañana al servicio del tío Juan Pedro, y la primera vez que voy á coger fresas en sus jardines, me sucede la desgracia de deramar por los suelos el fruto de sus afanes y sudores. No me hallo con recursos para satisfacerle su valor; va á echarme de su casa, y quizá á hacerme pasar por una pícara en mi aldea... ¡Pobre madre mía! que no tiene más apoyo que el mío. ¡Oh, pobre madre mía! ¿qué será de tí?

Acabando de pronunciar estas palabras, Rosa se apresuraba á recoger del suelo las pocas fresas que habían escapado del desastre, con las que pudo apenas llenar un canastillo, por hallarse todas las restantes aplastadas con la caída, ó confundidas con el polvo.

Aquellas palabras: ¡Pobre madre mía! ¿qué será de tí? traspasaron vivamente el corazón de Laura.

—Jóven, la dijo ésta llamándola con la mano, ¿cuánto podrían valer los canastillos de fresa que tanta pena te dan?

—¡Ay de mí! Señorita, de seis no me queda sino uno: cinco, á cuatro pesetas cada uno, en atención á ser un fruto temprano, componen... iba contando con los dedos...

—Veinte pesetas, repuso Laura.

—¡Tanto! replicó Rosa más asustada. Es más de lo que gano en dos meses. ¿Cómo haré? ¡Pobre madre mía! ¿qué será de tí?

—Pues bien, dijo Laura, abriendo con silencio la reja, tenga V. confianza en mí; yo me obligo á reparar el daño que acaba de sucederla. Déme V. ese canastillo, único que le queda, y tome ese luis, que es cabalmente el valor de los seis que V. tenía. Dirá á su amo que las ha vendido todas á los vecinos del Retiro: con lo cual le evitará toda pérdida, y seguirá siendo el apoyo de su madre. Por mi parte no podré haber hecho jamás una inversión mejor de mis ahorrillos.

Conmovida y asombrada Rosa, entregó su canastillo de fresas á Laura, dió mil besos en sus benéficas manos, igualmente que en la moneda, que la libertaba de tan-

tas desdichas, y tomó el camino de su aldea.

Laura, por su parte, llena de júbilo y orgullo por haber invertido tan útilmente su dinero, llevó á su cuarto el canastillo que se le había hecho tan querido, proponiéndose comer las fresas que le pertenecían, y más particularmente acrecentar el valor de tan buena acción, ocultándola á todos.

Pero el padre de Laura observó, al través de la celosía de su gabinete, cuanto había pasado. No perdió de vista á su hija, viéndola llevar ocultamente el canastillo de fresas, que él tomó del cuarto de Laura así que ella le dejó; y al punto se marchó al salón, donde la halló bordando al lado de su madre. Las anunció que muchos de sus amigos vendrían á comer al día siguiente; que entre ellos había un corto número de sujetos distinguidos, y que deseando darles un convite, quería que la comida correspondiese en su esplendor á la elevada distinción de los convidados.

Después de una larga conversacion, en que el padre de Laura se mostró muy cariñoso con su hija, volvió ésta á su cuarto para contemplar de nuevo su canastillo favorito, y comer algunas fresas, que le parecían las mejores que había tomado en su vida. Pero ¡cuál fué su asombro al no encontrar ya este precioso depósito! Busca, se inquieta, dirige indirectas á todos los de la casa; nadie caía en lo que Laura quería decir, y sólo el padre estaba gozando con el apuro de su hija.

Grande fué el número de convidados en el siguiente día. Sirviéronse con los postres más esquisitos, que se componían de cuanto puede inventar el lujo, las más raras confituras, frutas de América, helados de Italia, famosas pirámides de toda clase de frutas; pero se notaba con particular asombro que no hubiera fresas, bocado tan apreciado en aquella estación. Sorprendida la madre de Laura de que no se hubiesen ejecutado sus órdenes, se disponía á reñir al criado que había corrido con este ramo del servicio de mesa, cuando un lacayo llegó, y puso en el azafate de flores, que estaba en medio de la mesa, el canastillo predilecto de Laura.

Al verle ésta no pudo menos de gritar de gozo, y al mismo tiempo el carmín que coloró sus mejillas denotaba que se encerraba en él algun misterio.



Entonces contó su padre el lance de que había sido testigo afortunado.

—He creído, dijo, que estas eran las únicas fresas con que me era permitido regalar á mis amigos y convidados; no, no conozco canastillo ninguno, aún cuando fuera de China, del Japon, y atestado de las más raras frutas, que pueda compararse con el sencillo canastillo de Rosa.

Fueron generales los aplausos, y todos los convidados estrecharon en sus brazos á la pequeña Laura. La madre, con especialidad, la tenía apretada contra su pecho, sin poder expresar lo que sentía su alma.

Rogaron á Laura que por sí misma repartiese las fresas entre los convidados, lo que hizo, obteniendo los más cordiales y sinceros parabienes. Pero cuál sería su sorpresa, cuando al distribuir las últimas fresas, encontró en el fondo del canastillo un collar de coral, que tenía un escudo de oro guarnecido de perlas finas, y grabadas en él estas palabras: «Rosa á su bienhechora.»

## CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

Ya había dado la hora fijada para presentarse en la clase; pero por un descuido imperdonable, María no encontraba al tiempo de salir ni su pañuelo, ni sus alfileres, ni las labores que iba á presentar; ¡nada! hasta el vestido que debía servirle, y que era el de los domingos, no sabía dónde se hallaba!

¡La pobre madre, que otras veces había suplido esta falta, se hallaba postrada en el lecho y no podía ayudar á su hija! Esta salió de su casa media hora más tarde, y lo que es peor aún, sin haber encontrado casi nada de cuanto debía llevar.

Cuando entró en la clase iba turbada, sofocada, y su turbación y su bochorno creció aún más al tener que atravesar el salón lleno de gente, y al recibir algunas justas reconvenciones por su tardanza.

—Vamos, la dijo su maestra; adelántese usted y presente, antes de empezar á ser examinada, los libros que ha recibido hasta aquí, como lo han hecho sus compañeras, y pruebe de este modo que es V. cuidadosa,

y que tiene en estima los beneficios que se la hacen. Al oír esto, María palideció, porque ni aún sabía dónde estaban aquellos libros que pedían.

—Vamos, no haga V. esperar más y preséntelos pronto, añadió la directora, sin comprender la causa de la turbación de la niña.

—No los he traído, respondió esta con voz cortada.

—¿Y por qué? la preguntó con disgusto; ¿acaso no sabía V. que debía hacerlo así? ¿no se lo repetí ayer?

—Sí, mas...

—¿Qué?

—No los he encontrado... ¿Estaba tan deprisa!

—¿Para llegar media hora más tarde? Eso es imperdonable.

María, con las mejillas encendidas y los ojos arrasados en lágrimas, no supo qué responder á aquellas justas reconvenciones, hechas en presencia de tanta gente. La dirigieron algunas preguntas, y como era consiguiente de lo avergonzada y lo ofuscada que se hallaba, á ninguna respondió con acierto; cuanto más se esforzaba, se embrollaba más, y ni sabía lo que decía, ni atinaba á balbucear algunas palabras, sin sentido ni concierto. Aquel premio tan justamente esperado, aquel premio que podía devolver la salud á su madre, fué adjudicado á otra, á pesar de los afanes de aquella niña, cuyo sólo defecto era ser descuidada y tenerlo todo en desórden.

Cuando entró en su casa, no necesitaron sus padres preguntarle lo que había pasado; ¡su semblante lo revelaba demasiado!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## CHARADA

Prima-prima y tercera  
fueron al huerto,  
dos-cogieron mi todo  
y se volvieron.

Solución de la charada representable inserta en el número anterior:

APROBADO.

De la charada:

H.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

(1) Véase la pág. 95.